

MARIANO LATORRE, NOVELISTA CHILENO

Por RICARDO A. LATCHAM



RICARDO A. LATCHAM, con este estudio sobre el escritor Mariano Latorre, contribuye una vez más al prestigio logrado por el BOLETIN en el país y en el extranjero. No necesita presentación el culto crítico literario de fama americana y brillante catedrático universitario.—(N. de la R.).



MARIANO Latorre nació en las vecindades de Constitución, en la provincia del Maule, en 1886. Se educó en el Liceo de Talca, y más tarde en el Instituto Pedagógico, de Santiago de Chile. Desde muy temprana edad, Latorre borroneó cuentos y penetró en la senda literaria a la sombra de los grandes maestros del realismo y del naturalismo, a la manera de Dickens, Pereda y Maupassant. Del primero, obtuvo cierto rasgo sentimental, casi romántico, que se percibe en los **Cuentos del Maule**, publicados en 1912; del segundo, la prolijidad en las pinturas rurales; y del tercero, la firmeza en la técnica narrativa. Pero todavía tendremos que indicar nuevas influencias, sobre todo las de los novelistas ingleses, que Latorre ha conocido en traducciones francesas y castellanas, a partir de 1920, época en que empezó a devorar, más que leer, a literatos de la importancia de Arnold Bennet, George Moore, James Etephens, Tomás Hardy, y muy principalmente, entre todos los anteriores, a Joseph Conrad. Latorre ama a Chile en cada pájaro de su cielo, en cada matorral de sus campos, en cada piedra de sus caminos, en cada expresión de sus huesos. Recoge los modismos con ejemplaridad de filólogo y elabora los vocablos para ajustarlos al sentido onomatopéyico de los ruidos, de los vuelos y de los más mínimos latidos del paisaje o del mar rumoroso.

En **Cuna de Cóndores**, Latorre construyó al más perfecto de los conjuntos de relatos que hasta hoy se conocen acerca de la vida en la cordillera de los Andes en la zona central de Chile. Ahí se sumergió, por decirlo así, en la existencia misma de sus protagonistas montañeses, símbolo de la pujanza criolla y de los primitivos instintos que alientan todavía en los pastores y arrieros, en los bandidos y labradores. En sus escenas de rústica intensidad presenciemos la lucha del hombre con los elementos y prevalece la moralidad construída en la fuerza, en la pasión y el predominio de más andaz.

También asistimos al combate entre los pastores que defienden sus rebaños en pugna tenaz con los cóndores y los leones, acaechadores perennes del botín que ofrecen los ganados en las afiladas cumbres sólo transitadas por los arrieros que conducen recuas de animales desde la Argentina al Valle Central.

Latorre había pintado ya las riberas natales del Maule en sus **Cuentos** de 1912; en **Cuna de Cóndores** extiende su maestría en la evocación del medio criollo a las cumbres cordilleranas. Más tarde, en **Zurzulita** (1920), realiza una extensa novela, de aliento épico, en que sorprende una sequía de la cordillera de la

costa y la impone como escenario de un idilio agreste.

Dominaba entonces en los medios cultos de Santiago un absurdo criterio que rechazaba el criollismo y combatía negativamente la preferencia del maeizo escritor sobre lo que constituía el ambiente esencial de la chilenidad. Pero llegó muy pronto la justicia cuando más tarde brotó el núcleo de novelistas que sue-

len llamarse los nuevos clásicos del continente, los constructores de sus "novelas ejemplares", como Ricardo Güiraldes en **Don Segundo Sombra**, Mariano Azuela en **Los de abajo**, Rómulo Gallegos en **Doña Bárbara**, José Eustacio Rivera en **La Vorágine** y Enrique Amorín en **La Carreta**. Surgía una nueva técnica de planos extensos, de vastas proyecciones y ambiciosas posibili-

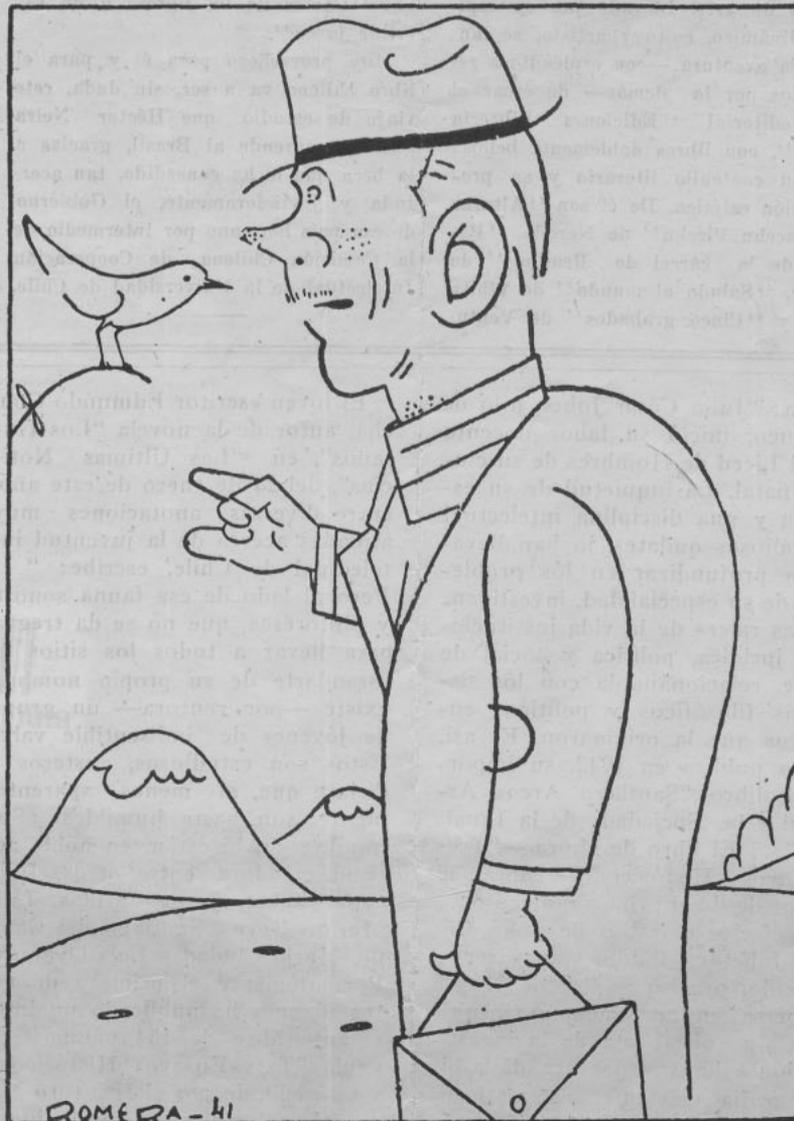
dades. Después de **Zurzulita**, Latorre prosiguió su propósito de extender sus empresas descriptivas a otras latitudes y a medios de positiva originalidad. En **Ully** y otros cuentos del sur se asomó al terreno austral donde floreció la colonización alemana del siglo pasado; en **Chilenos del Mar** (1930) obtuvo una visión esmerada y fiel de muchos aspectos soberbios del empuje chileno en sus dilatadas costas.

La tradición nacional era muy fuerte en el cultivo de las virtudes marítimas que impulsaron esfuerzos abnegados de los habitantes del enorme litoral chileno al organizar tempranamente una flota de guerra, que dió la libertad al Perú, en 1820, o condujo los ejércitos chilenos a sus victorias terrestres, en 1837 y en 1879.

La belleza de las playas chilenas y el encanto de sus primorosas bahías son notas prodigiosas de los paisajes marítimos. El propio Latorre ha definido al país como una huerta que tiene una mina a la espalda y una barca pescadora por delante. Pero nadie había sabido todavía penetrar al mar de los chilenos y quedaba reservado ese honor al mejor intérprete de su idiosincrasia racial. Latorre se inspiró, en este aspecto de su extensa obra, en la técnica de dos planos que es frecuente en Conrad; por lo general, un individuo realiza una proeza y la narra a otro; o bien, el núcleo del cuento surge en un plano superpuesto, como el eco lejano de una hazaña o un cuento que ha entrado por los oídos y se relata a la tercera persona, que suele ser el transcriptor. En **Chilenos del Mar**, los aventureros, los vaporinos, como se dice en el lenguaje de nuestra costa, los bizarros chilotes y los maulinos constituyen el repertorio de héroes humildes y sufridos que extienden por el enorme litoral la pujanza de sus empresas y conducen los cargamentos confiados a su destreza legendaria.

En el volumen intitulado **Mapu**, Latorre se diferencia, geográficamente, de todos los anteriores. Se aleja del Maule, de la cordillera de la costa, del mar, en cuyo escenario se mueven los personajes de **On Panta**, de **Hombres y Zorros** y de **Chilenos del Mar**. Mapu pinta, con ahincada minuciosidad, la existencia de la selva sureña, en una región que abarca los contornos del Lago Villarica y se mete hacia la cordillera por tierra de indios.

Muchos de los relatos ahí incluidos son antiguos y fueron escritos en 1924, cuando Latorre comenzó a estudiar las peculiaridades de la provincia de Cautín. Uno sólo pertenece a otra porción de ese vasto territorio; y es el que se denomina "Mari-



MARIANO LATORRE

(DE LA PAG. 5)

mán y el cazador de hombres". Nos parece el más sólido y dramático de todos. Transcurre en las vecindades de Temuco, la capital de la provincia fronteriza de Cautín, y es de los más novedosos salidos de la pluma de su autor.

En **Mapu** se ha buscado, con una técnica personalísima, cierta unidad que no está a flor de piel. Hay que percibirla en el enfoque general, en los ensambles poéticos, que son como puentes entre acciones dispares y acontecimientos de gran desigualdad narrativa. Dice Latorre que el **mapu** no fué para los indios la patria, la amplitud colectiva de la nacionalidad. **Mapu**, según el novelista, tenía una significación más estrecha. Era la tierra de un grupo de tribus araucanas, con sus tótemes heredados y un mismo paisaje. Como los indios no tuvieron en Chile la consistencia de una nación, sino que cada tribu o comunidad conservaba su autonomía de las otras, sin reconocer más jefe que la cabeza de su parentela, tampoco poseyeron un nombre genérico que los distinguiera como pueblo. Cada grupo se denominaba **mapuche**, nombre que, por otra parte, no entrañaba ningún significado nacional. **Mapuche**, quiere decir gente de la tierra, de **mapu**, tierra, y de **che**, gente; pero se usaba por los indígenas en un carácter restringido, en que se refería al grupo local, en contradicción a los forasteros, que eran de otros lugares, aunque éstos no estuviesen lejanos. El minucioso libro de Latorre describe una población nutrida, brotada de cruces de razas, y en cuyo seno se ven indios y mestizos, colonos y aventureros, bandidos y carabineros, leñadores y hacheros, sacerdotes alemanes y pastores protestantes ingleses. El conjunto destaca un genuino producto fronterizo en tiempos, no muy lejanos, en que la ley de la selva lo emparejaba con

las costumbres de Australia y California.

Una considerable porción de **Mapu**, hasta el vigoroso cuento "Y un filón de rojo raulí", indica cierto estatismo en las tramas, que sirve para que Latorre haga alarde de estilo y de instinto poético. Los hombres han sido dominados por el paisaje virgen, por la potente sugestión de la selva, con sus raulíes y lingües sombríos, con sus laureles y coigües. Una fuerza elemental se erguía en la profusión vegetal, oponiendo el sortilegio de lo que se denominó "tierra de conquista", que será materia de otro libro de Latorre.

Vinieron los roces violentos, las ofensivas de los hacheros y la perseverancia de los colonos, como etapas de un civilizador período, que aún no concluye. Los primitivos caracteres se mueven por sordos instintos. No hay generosidad en sus reacciones. Se identifican un poco con el medio y el paisaje, que a menudo exigen al hombre que los subyugue con su esfuerzo.

No es el campo en que actúan los protagonistas de **Mapu**, algo que provoque a la molicie o que

halague los sentidos. El común denominador que vitaliza sus actos es cierta solidaridad propia de las sociedades primitivas.

El criollo del valle central demuestra aquí más prestancia que los hombres del sur, aindiados y humildes en su pasividad de esclavos. En **Mapu** no se ven definidos los conceptos de la propiedad que son propios de las sociedades estables. Se impone el que golpea más recio, el que escoge medios más brutales para su dominio agrario. Los Catripaños se apoderan de la yegua de un colono y la carnean en seguida. Juan Rubilar se vincula a la selva por medio de la conquista de la india Juana Marinao, que surgió como una sorpresa en la vida del bubonero. La oveja de On Mardones es robada por un intruso. On Landeros utiliza una vieja trilladora como un preciado instrumento para labrar riqueza. José Belmar se aprovecha de los piñones recogidos por los indios en los pehuenes cordilleranos. En todas las existencias que aquí se desenvuelven gravita una fatalidad que termina por determinar sus rumbos. El teniente Reyes,

contra su voluntad pacífica, se torna en el implacable vencedor del bandido Marimán. La propia religión participa en este carácter que impregna al libro de Latorre, e infunde una sorda unidad a sus doce relatos fundamentales.

Con **Mapu**, Latorre ha vertido sus más logradas impresiones sobre un territorio que conoce hasta en sus menores detalles topográficos y en sus particularidades étnicas. Casi en una veintena de libros, el incansable novelista ha construido pacientemente la epopeya de los chilenos en la formación de la nacionalidad independiente. El aislamiento de Chile, como observa el propio escritor, producto de la cordillera y del mar, ha conformado un tipo racial de gesto rudo y de palabra sobria. La observación, añade Latorre, es aplicable a los chilenos de todas las clases sociales, desde el caballero de Santiago al roto de los arrabales y a los inquilinos de los fundos del Valle Central. En **Cuna de Cóndores**, Latorre dice que todos los chilenos llevan escondido en su interior a un zorro "astuto y malévolo". Esta imagen de sus campesinos preferidos explica la limitación de los tipos pintados por el maestro de los criollistas australes, pero proporciona, al mismo tiempo, la clave indispensable para penetrar en su mundo favorito: de huesos socarrones, de indios sureños, de navegantes audaces, de campesinos adheridos a sus vincones cordilleranos, de bandidos que utilizan la superstición como instrumento para facilitar sus asaltos como se ve en **Hombres y Zorros**, de variada y móvil humanidad, en cuyo subsuelo laten los defectos y las singularidades de la raza, sus robustas virtudes y los residuos del alma mestiza, grande y compleja, poética y atormentada, como nuestros propios ríos y montañas.

R. A. L.

HECTOR NEIRA SUANES

RECIENTEMENTE ha partido al Brasil, Héctor Neira Suanes. Profundizará en aquel país sus conocimientos y experiencias de editor, pues, este ex alumno del Instituto Nacional, ha enaltecido el libro, tomándolo no como simple mercancía sino como un objeto de arte. Llevado por su espíritu dinámico, culto y artista, se lanzó a la aventura —con espléndidos resultados por lo demás— de crear el sello editorial "Ediciones Librería Neira", con libros doblemente bellos: por su contenido literario y su presentación estética. De él son "Alturas de Macchu Picchu" de Neruda, "Balada de la cárcel de Reading" de Wilde, "Saludo al mundo" de Whitman, y "Cineo grabados" de Ventu-

relli, ediciones codiciadas por los más refinados bibliófilos.

Neira Suanes es escritor además —ensayó sus primeras armas literarias en la Academia de Letras del Instituto— y es de recordar, por las polémicas que provocó, su valiente libro "Cartas de un librero a un escritor joven".

Muy provechoso para él y para el libro chileno va a ser, sin duda, este viaje de estudio que Héctor Neira Suanes emprende al Brasil, gracias a la beca que le ha concedido, tan acertada y justiciéramente, el Gobierno de esa país hermano por intermedio de la Comisión Chilena de Cooperación Intelectual de la Universidad de Chile.

(DE LA PAG. 5)

que le caracteriza junto a una vigorosa capacidad analítica, y una probidad intelectual a cubierto de todo género de veleidades y fantasías, parece lícito aventurar que en Jobet puede tener Chile un historiador de relevante categoría, en una nueva línea donde el proceso económico-social alcanzará la primacía que parece inexcusable reconocerle hoy. Los anticipos que ha publicado en torno a la génesis de los partidos políticos y las clases sociales chilenas, permiten imaginarlo así, como preludio de la obra de más vuelo que sería deseable pudiera emprender Jobet con toda la necesaria calma".

Daniel Belmar, el eximio novelista de "Roble Huacho" y "Coirón", en el diario de Concepción, "Crónica", del 4 de enero del año en curso, en un magnífico artículo consagrado al libro comentado entre otras consideraciones, ex-

presa: "Julio César Jobet, hijo de Temuco, inició su labor docente en el Liceo de Hombres de su ciudad natal. La inquietud de su espíritu y una disciplina intelectual de valiosos quilates, lo han llevado a profundizar en los problemas de su especialidad, investigando las raíces de la vida institucional, jurídica, política y social de Chile, relacionándola con los sistemas filosóficos y políticos europeos que la originaron. Es así, como publica en 1942, su importante libro "Santiago Arcos Arlegui y la Sociedad de la Igualdad"... El libro de ahora —"Tres Ensayos Históricos"— capta al lector desde el primer momento... En efecto, el estilo de Julio César Jobet es flúido, transparente, sencillo y directo. No se dispersa en apreciaciones intuitivas, sino que brota de la investigación exhaustiva, severa, de la bibliografía existente, sistematizando los fenómenos históricos en una ubicación casi didáctica".

El joven escritor Edmundo Concha, autor de la novela "Los Gusanos", en "Las Últimas Noticias", del 24 de enero de este año, entre diversas anotaciones muy atinadas acerca de la juventud intelectual de Chile, escribe: "... Pero al lado de esa fauna sonora y pintoresca, que no se da tregua para llevar a todos los sitios el estandarte de su propio nombre, existe —por ventura— un grupo de jóvenes de indiscutible valía. Estos son estudiosos, austeros y diríase que, al menos aparentemente, son hasta humildes. ¿Sus nombres? Ahí están, en noble actitud creadora, entre otros, Julio César Jobet, Jorge Millas, Luis Merino Reyes, Santiago del Campo, Mario Ciudad y Luis Oyarzún. Recientemente el primero de estos jóvenes ha publicado un interesante libro de 154 páginas. Se titula "Tres Ensayos Históricos", y está editado por el Instituto Nacional, colegio que se distingue porque de varias maneras expan-

de la cultura más allá de sus propios paramentos... Con este volumen Julio César Jobet le ha hecho un positivo favor a los lectores chilenos. Quienes lo lean habrán aprendido algo valioso, o habrán refrescado eventos que no conviene mantener en el olvido".

Luis Merino Reyes, poeta y crítico literario que ha popularizado el pseudónimo de Ulyses, en la revista "Occidente", de enero de 1951, escribió lo siguiente: "Cultura, limpidez, modernidad de juicio, y decoro formal son características esenciales de Julio César Jobet. Bien provisto por ellas navegó sin tropiezos, como un diestro, por el océano de los sucesos humanos... Todo lo estudia y escarmena Julio César Jobet, sin gastar más pasión que la indispensable, con cierta impasibilidad de estudioso francés, postura lógica si se considera su origen".